

La última victoria de los indios americanos

El 25 de junio de 1876, hace ahora justamente un siglo, se produce la batalla de Little Big Horn, donde un batallón del Séptimo de Caballería es aniquilado por cheyennes y sioux, como muestra este fragmento del mural «Custer's last stand».

Little Big Horn, en su centenario



Eduardo de Guzmán

LA Historia de los Estados Unidos es, a fin de cuentas, la historia de sus fronteras. Fronteras en plural porque son múltiples y variadas las que conoce en los ciento cincuenta años en que la nación se forma primero, se engrandece después y halla, por último, los recursos y energías precisos para ser un factor determinante en la vida de la humanidad. Pero para evitar posibles confusiones, conviene señalar desde el comienzo que la frontera americana no guarda la menor semejanza con esa línea convencional que marca en los mapas la división entre dos países distintos. Las su-

cesivas fronteras norteamericanas se hallan dentro de su propio territorio, y a veces, como ocurre con una de las postreras —Oklahoma—, en el centro mismo de su extensión territorial. Por frontera se entiende (como sucede en la España de los siglos XIV y XV) una región o comarca de difíciles condiciones de vida donde los hombres han de luchar, más que con una naturaleza hostil, contra los antiguos dueños y poseedores del mismo suelo: musulmanes en la Mancha, Extremadura y Andalucía; y pieles rojas en Arizona, Wyoming o Dakota.

CON ser grande el valor material de esas fronteras, pasos sucesivos hacia la conquista del Oeste, es superior para Norteamérica su importancia subjetiva, ideal, espiritualizada. En el fondo de todas las naciones existe, como substrato primigenio, como impalpable argamasa que mantiene unidos sus diversos elementos, una leyenda poética y heroica, con un fondo real, sin duda, pero con enormes aditamentos míticos prestados por la tradición y la fantasía populares. Así España tiene como remoto aglutinante la epopeya de su Romancero; Francia, las hazañas del ciclo carolingio y Alemania sus viejas canciones guerreras por las que cruzan cabalgando las walkirias y los semidioses helénicos adquieren nombres y perfiles germanos.

Norteamérica es demasiado nueva, demasiado reciente para asentar sus orígenes heroicos en una Edad Media que no conoció. Busca, sin embargo, esos convencionales paladines que sirvieron al «destino manifiesto» de la nación y acaba por encontrarlos en sus

diversas fronteras. Lo mismo que Carlomagno y sus caballeros para Francia o el Cid y Bernardo del Carpio para España, son para los Estados Unidos Davy Crockett y Andrew Jackson, Wild Bill Hickock y Custer, Pat Garret y Kit Carson. No se cubren con pesadas armaduras ni manejan la espada y la lanza; pero montados en briosos corceles y vomitando plomo por las bocas de sus colts, se convierten en caballeros andantes de un ideal, servidores legendarios de un país que se mira en ellos como en un espejo de virtudes y que les debe, más que unos territorios conquistados, una aurea leyenda de generosidad, sacrificio y triunfo.

Innecesario parece añadir que hay en todo esto una cierta hipérbole, una consciente o inconsciente desfiguración de la verdad, acentuando las características heroicas, transformando simples escaramuzas en grandes batallas campales y adornando a un vulgar trampero, un soldado de fortuna e incluso algún que otro forajido con hazañas homéricas. Pero aunque alguna brillante victoria quede reducida

a una matanza de enemigos indefensos perpetrada con absoluta impunidad y predominen en este o aquel personaje los rasgos de cobardía y barbarie sobre los de generosidad y valor, forzoso es reconocer que el pueblo americano se muestra orgulloso de su conquista del Oeste, del formidable empuje de un pueblo en marcha que lleva sus banderas desde las cumbres de los Apalaches hasta las playas doradas de California saltando por encima de rios, bosques, desiertos y montañas.

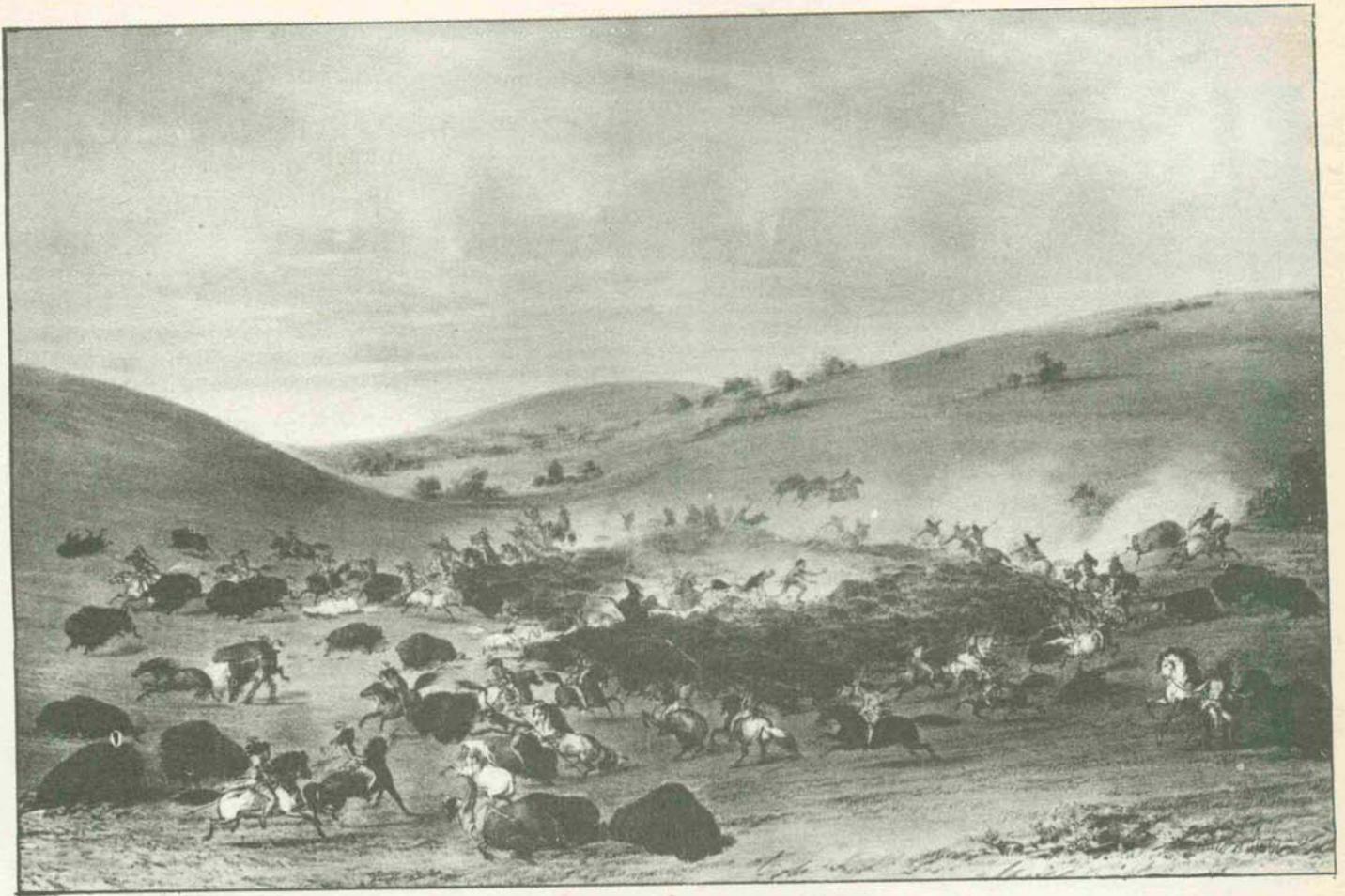
EL INDIO, VICTIMA PERMANENTE

En este gigantesco drama que relatos periodísticos primero, novelas y películas después, han dado a conocer al mundo entero, al piel roja le corresponden siempre papeles de villano. Es el enemigo implacable, traicionero y astuto dispuesto a caer en todo momento sobre los ranchos fronterizos, las caravanas que cruzan el desierto o los rebaños que avanzan siguiendo el Chrisholm Trail. Cazadores, guías, tramperos, ganaderos y colonos viven obsesionados por el peligro que representa. A veces ni siquiera es precisa su presencia física; basta con la posibilidad de que el salvaje pueda llegar a materializarse ante los ojos de los pasajeros de la diligencia o los habitantes del poblado minero. Para la epopeya constituye un adecuado telón de fondo esa amenaza, efectiva o potencial, que obliga a las fronteras a vivir en permanente alerta; asusta a las mujeres, amedrenta a los niños e impide a los hombres consagrarse por entero a un trabajo que hará fructificar los campos y traerá consigo la felicidad general.

Importa poco que el piel roja sea también un ser humano,

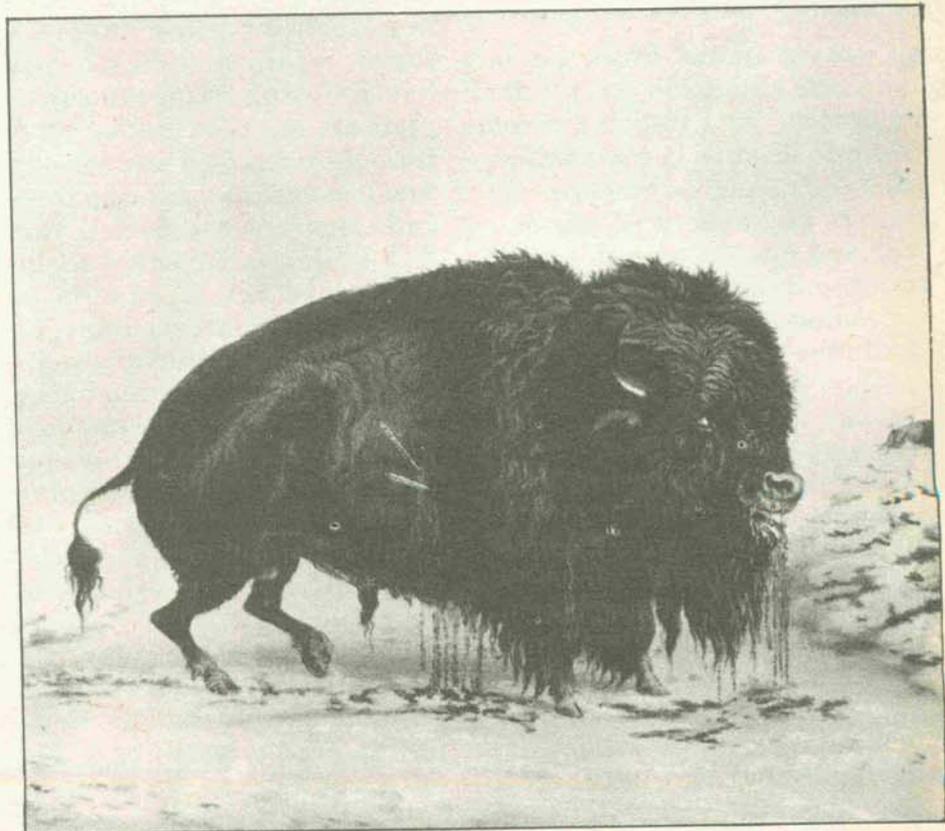


La expansión hacia el Oeste del hombre blanco norteamericano determina una continua agresión hacia el pueblo indio que no finalizará hasta su casi total exterminio. Tiendas como ésta —símbolo de una cultura propia— irán desapareciendo en beneficio de las posesiones de los colonos.



El principal medio de vida de las tribus indias procedía de la caza y concretamente, para muchas de ellas, de la caza del búfalo, pieza también codiciada por los conquistadores blancos. George Catlin, el gran pintor del Oeste americano, nos dejó en los años de 1830 estas dos bellas imágenes que recogen una cacería de búfalos y la estampa de uno de estos animales herido mortalmente.

con familia, afectos, intereses y derechos, que ocupa unas tierras que fueron suyas durante siglos y sufre al verse despojado por los invasores blancos. La Historia la escriben siempre los vencedores, que aquí tienen la inmensa ventaja de ser los únicos que saben escribir. La tragedia del indio carece de trascendencia y no merece atraer un segundo nuestra atención. En fin de cuentas, el engaño, la persecución, el robo e incluso el exterminio del indio no serán nunca una injusticia ni un crimen. Su salvajismo, cobardía y vileza permiten considerar como un castigo justiciero la suerte corrida por millares y millares de pieles rojas a lo largo de todas las fronteras. Así por lo menos lo piensan y sienten quienes acaban con ellos y cuyas conciencias no se inquietan en ningún instante. En 1885 una gloriosa figura





La agonía del pueblo indio quedó reflejada magistralmente en el film de John Ford «El gran combate» (al que pertenece este fotograma), titulado originalmente «Otoño cheyenne». Se trata de una de las mejores obras de un cineasta que antes de ella se caracterizó precisamente por su racismo anti-indio.

militar americana, el general Sherman, reconoce que en los veinte años precedentes han sido barridos de las praderas ciento setenta y cinco mil sioux, pawnees, cheyennes y arapahoes, y añade textualmente: «Ha sido muy saludable, porque fueron reemplazados por doble número de hombres y mujeres blancos». Como Sherman opina la inmensa mayoría; si alguno discrepa es un calumniador que sólo merece un despreciativo silencio.

¿Cuántos indios viven en la inmensa extensión que un día ocuparán los Estados Unidos cuando llegan a la costa atlántica los primeros blancos? Se ignora con exactitud, aunque se sabe que en ningún punto constituyen agrupaciones humanas tan densas como las halladas por los españoles en Méjico y Perú. A diferencia de mayas, aztecas e incas, los indígenas de los territorios del norte no llegan a un grado mediano de desarrollo y civilización. Aparte de algunas tribus sedentarias dedicadas a la agricultura, sus moradores viven exclusivamente de la caza y la pesca. Su número no debe ser muy grande en ningún momento. De cualquier forma y sabiendo que en 1865 aun pasan de trescientos cin-

cuenta mil los que habitan entre el Mississippi y el Pacífico, no parece aventurado suponer que dos siglos antes se aproximen al millón e incluso que superen esa cifra los aborígenes que pueblan la totalidad de Norteamérica.

Para los anglosajones —ingleses hasta 1776, norteamericanos con posterioridad— el piel roja no es más que un estorbo y una amenaza. Los indios son auténticos demonios, espíritus infernales a los que es necesario combatir a sangre y fuego. «Jamás —escribe un historiador americano— piensan en ellos como seres humanos. A su parecer forman una especie que, aunque colocada ligeramente por encima de los lobos en la escala zoológica, debe ser eliminada lo más rápidamente posible». La posibilidad de unirse y mezclarse con ellos —como hacen los españoles— les repugna y horroriza. En los comienzos de la colonia de Virginia, cuando John Rolfe se casa con Pocahontas, lo hace para conseguir que el padre de la chica, un cacique poderoso, proporcione víveres a los colonos a punto de morir de hambre. Aunque la muchacha tiene treinta años menos y es de belleza extraordinaria, Rolfe se apresura a declarar ante los

miembros de la colonia: «No me casé por deseo carnal alguno, sino por el mayor bien de esta plantación, el honor de mi país y la gloria de Dios».

Ni aun impulsados por apremiantes necesidades materiales son muchos los imitadores de Rolfe. Para los ingleses primero, los colonos más tarde y los americanos de las distintas fronteras del Oeste por último, el piel roja es una bestia sanguinaria y cruel, a la que hay que alejar, combatir y matar. El único indio bueno es el indio muerto. No más tarde que en 1755 la Asamblea de Pensilvania aprueba una disposición en virtud de la cual se ofrecen las siguientes recompensas: «Ciento treinta dólares españoles por la cabellera de todo indio mayor de doce años; cincuenta dólares por la cabellera de toda mujer o cualquier piel roja menor de doce años». Con ligeras variantes se ofrecen premios semejantes por el cuero cabelludo de los indígenas en todas las fronteras americanas a lo largo de siglo y medio. En 1864, el coronel Chivington exhibe orgulloso en un teatro de Denver las cabelleras de hombres, mujeres y niños inmolados por sus tropas en la vergonzosa matanza de Sand Creek. Y no ya Simón Kenton o Mike Flink que viven en el último tercio del siglo XVIII, sino Buffalo Bill y otros guías y batidores que acompañan a las tropas americanas cien años después, llevan pendientes de sus cinturones los cueros cabelludos de los indios muertos.

Enemigo feroz y amenaza permanente, el piel roja es siempre la víctima propiciatoria. Para vencerle todos los procedimientos son buenos. Se le convence con buenas palabras, se le adormece con tratados de paz perpetua, se le embrutece con alcohol y se le

obliga a abandonar las tierras más fértiles y apetecibles.

Dueño de todo el continente un día, acabará en la cárcel de las Reservas, que ocupan siempre comarcas desoladas y estériles. Cuando se resiste o se niega, se le convierte en agresor cobarde y asesino sangriento; todo lo que puede

hacerse con él estará sobradamente justificado. Así tratan sucesivamente a los mohicanos y los shawnees, los crees y los seminolas; así exterminan o expulsan de sus campos a todos los pieles rojas que viven al este del Mississippi. Luego los americanos prosiguen incansables la misma labor al otro lado del gran río.

LAS ULTIMAS GUERRAS INDIAS

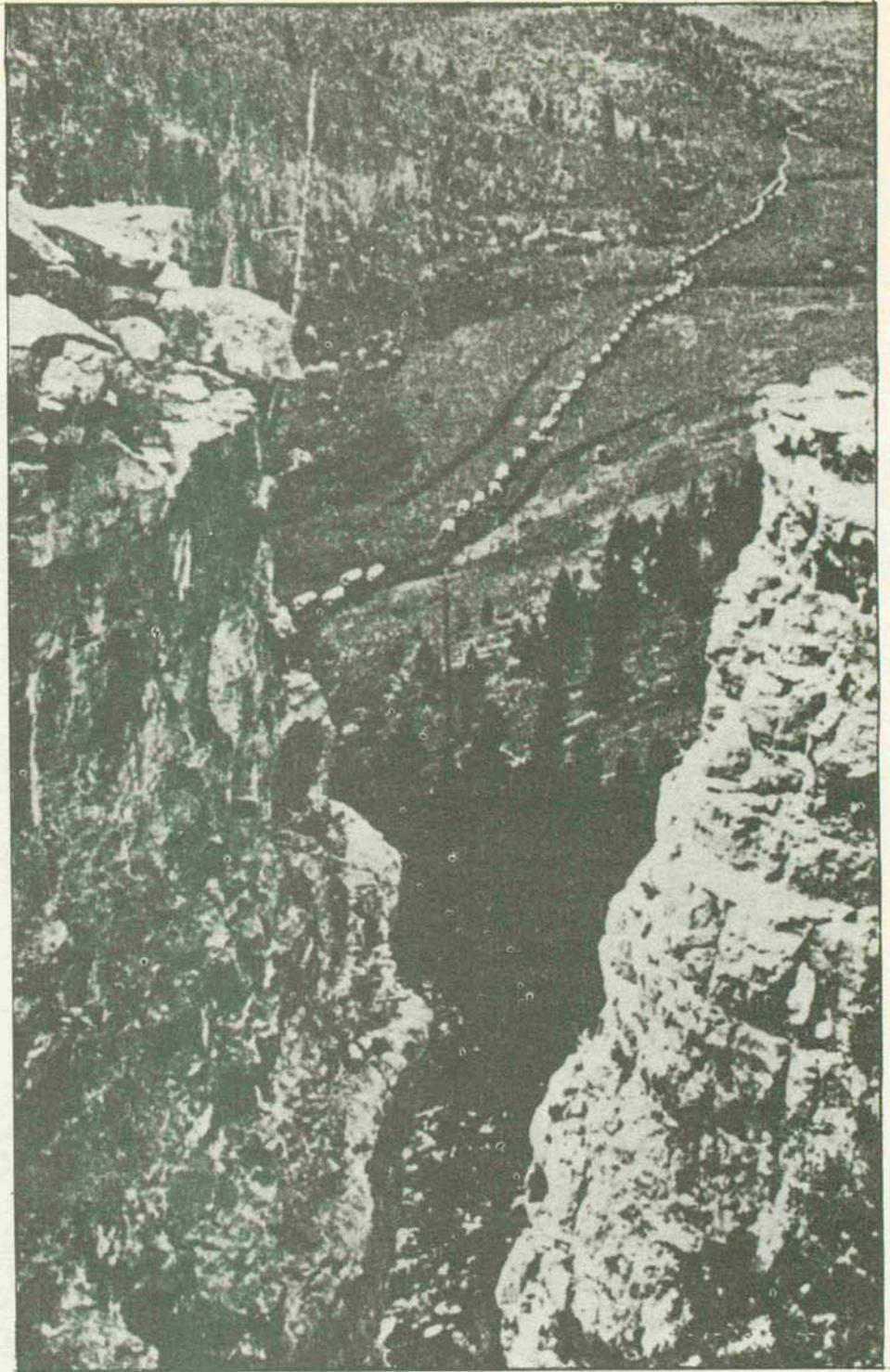
Cuando en 1865 concluye la guerra de Secesión quedan alrededor de trescientos cincuenta mil indios entre el Missouri y el Pacífico. Muchos han vivido en los campos que ahora ocupan desde tiempo inmemorial; otros han sido



Aunque Sitting Bull («Toro sentado») no participase directamente en la batalla de Little Big Horn, a él correspondió la dirección estratégica de los grupos sioux que intervinieron en la misma. La fama de este dirigente indio (al que contemplamos tomando el sol en compañía de una de sus esposas) fue inmensa y la leyenda llegó a presentarle comiéndose el corazón de Custer en presencia de sus victoriosos guerreros.

trasladados allí a viva fuerza desde sus tierras de Florida, Alabama, Illinois y Minnesota, que parecieron feraces y apetecibles a los colonos blancos. Todos, sin embargo, parecen resignados con su suerte. Satisfechos, incluso, porque numerosos tratados firmados con solemnidad les aseguran el dominio de sus nuevos territorios «mientras el sol se levante en el horizonte» y la ayuda paternal del gobierno de Washington, que les proporcionará los víveres y las ropas que precisen para no morir de frío o inanición. Tras la rebeldía de los cionaban y todos podrán fumar durante largo tiempo la pipa de la paz.

Pero cuando todavía esta viva en la memoria de todos el trato cruel de que han sido víctimas los cheyennes, empieza el tendido de los ferrocarriles transcontinentales. Para evitar enormes rodeos, las líneas tienen que cruzar las reservas indias... Se trata —o así lo explican a las tribus afectadas los «Reservation Agents»— del terreno preciso para extender las vías. ¿Qué significa una estrecha franja de seis u ocho pies de anchura en sus todavía dilatados dominios? Por desgracia, junto a las vías construyen las estaciones y en torno a éstas surgen los pueblos. Peor aún, las compañías, valiéndose de las facilidades dadas por Washington, empiezan a vender a millares de colonos las tierras de uno y de otro lado de la línea férrea. Los pieles rojas despojados protestan, algunos exaltados recurren a las armas; otros, movidos por agentes provocadores al servicio de una compañía rival, atacan a los trabajadores del ferrocarril. Se producen luchas y caen muertos de una y de otra parte. No obstante, los jefes indios, conscientes de su inferioridad material, aplacan a



Una estampa típica del Oeste americano: la larga fila de los carromatos que, formando caravana, atraviesan los interminables valles. Pero no es una imagen cogida al azar: esta expedición que avanza por Castle Creek Valley iba custodiada por el general Custer, el gran derrotado de la batalla de Little Big Horn, dos años antes de su desastre.

sus huestes temerosos de males mayores. Sólo pequeños grupos de desesperados desentierran el hacha de la guerra; las masas de pieles rojas, las tribus más importantes, continúan fumando la pipa de la paz.

El territorio indio se ha divi-

dido en dos grandes núcleos, separados por los nuevos estados de Kansas y Nebraska. Al Norte, en Wyoming, Dakota, Montana e Idaho quedan los sioux, los pies negros, los shoshones, los cheyennes, los assiniboias y otras tribus menores. Al Sur, en la actual Oklahoma, que ya recibe el

nombre de Indian Territory; en la parte septentrional de Tejas, la meridional de Colorado y todo Nuevo Méjico y Arizona, se encuentran, muy separados a veces entre sí, además de los pieles rojas traídos del otro lado del Mississippi, kiowas, pawnees, navajos, pueblos, comanches y apaches. Algunas tribus ofrecen tales semejanzas que resulta difícilísimo distinguir las. Otras, en cambio, muestran rotundas diferencias, no sólo de lenguaje, sino de carácter, temperamento y condiciones de vida. Incluso el tipo étnico es distinto. Aunque para el hombre de la frontera y el americano medio todos los indios son iguales y a todos les tratan en la misma forma, hay razas civilizadas y pacíficas, que han convivido en paz con los españoles y mejicanos; que basan su modesta economía en la agricultura o la ganadería y a nadie atacan ni molestan mientras les dejen vivir tranquilos

Son pocos, sin embargo, los que lo consiguen. A medida que aumenta la población americana y disminuyen los espacios vacíos, crece el hambre de nuevas tierras. Las que aún no están cercadas aparecen inscritas en los registros correspondientes a nombre de un individuo determinado, excitan la codicia de las gentes. No importa que en su casi totalidad pertenezcan de hecho a los pieles rojas ni que en muchos casos el propio Gobierno estadounidense les haya garantizado su posesión. Las compañías ferroviarias por un lado, los reyes del ganado, que cada vez necesitan mayores espacios en que alimentar sus rebaños, por otro, y los colonos, que incesantemente llegan del Este, no vacilan en apropiarse de lo que sus dueños no pueden defender con eficacia. Si los pieles rojas son pocos, se les convence o se

les barre. Cuando son muchos y se defienden, se recurre al Ejército.

Comienzan así las últimas guerras indias. Son las más largas y sangrientas de toda la historia del Oeste. Los pieles rojas, colocados en un trance desesperado, sabiendo que no tienen otro recurso que las armas, pelean con decisión y heroísmo. Con tanto que sus enemigos tienen que reconocer su valor y algunos de sus caudillos alcanzan una celebridad que no ha disminuido cien años después.

DE COCHISE A GERONIMO: TREINTA AÑOS DE LUCHAS APACHES

Cuando en 1874 el descubrimiento de yacimientos de oro en las Black Hills de Wyoming y Dakota hace afluir una turba de aventureros que incendian los poblados siuox y asesinan a sus habitantes, un famoso jefe indio, Sitting Bull —que contra lo que luego se ha pretendido tiene mucho más de político inteligente que de guerrero valeroso—, expone con claridad la resolución de su pueblo y las causas que le empujan a una guerra en que no puede sonreírles la victoria:

— Minnesota era nuestra —dice— y se la cedimos al hombre blanco; las praderas también, y tuvimos que cedérselas sin recibir nada a cambio. Sólo nos queda esto y también nos lo quiere quitar. Sabemos que nuestros guerreros son menos numerosos, pero también que esta tierra es nuestra y que mientras vivamos y podamos luchar, lucharemos por ella. Si el Gran Jefe Blanco no quiere que luchemos, ¿por qué nos roba la tierra? Si nosotros fuésemos a levantar nuestras tiendas en

los campos del hombre blanco, el hombre blanco nos echaría o nos mataría. ¿No tenemos nosotros el mismo derecho que el hombre blanco?

Las palabras de Sitting Bull pueden repetirlas —y las repiten en términos muy parecidos— los demás pueblos indios. Pero la respuesta a la última pregunta es siempre negativa. En el Salvaje Oeste —igual que en tantos otros sitios, pero con mucha más claridad, cinismo y crudeza— el derecho que no está respaldado por la fuerza no merece respeto ni consideración. Los pieles rojas tienen la razón moral de su parte; pero sus adversarios son más y están mejor armados. Su tesón y heroísmo les permitirá resistir en puntos aislados de las montañas o los desiertos durante una veintena de años. Pero cuando Gerónimo tiene que rendirse y Sitting Bull regresa del Canadá para ser internado en una Reserva, todo ha terminado prácticamente para ellos.

El comienzo de estas guerras indias, que arden simultánea o sucesivamente en puntos muy distantes del Oeste, puede fijarse entre 1868 y 1870, cuando grupos nutridos de cazadores profesionales emprenden una campaña de exterminio de los últimos y gigantescos rebaños de bisontes. Barridos en poco tiempo de las planicies de Nebraska y Kansas, todavía quedan varios millones de animales refugiados en la parte más despoblada y bravía de la frontera. Es un territorio extenso en la confluencia de Texas, Nuevo Méjico, Colorado y Oklahoma, cruzado por el Arkansas, el Cimarrón y el Canadian. Por uno de sus extremos pasa el viejo «Santa Fe Trail» y se tienden ya los railes del «Kansas-Pacific». Pero allí viven aún varios millares de

comanches, pawnees y kio-was, cuya comida depende de los búfalos.

Los cazadores que van tras los animales lo hacen atraídos únicamente por un interés económico. Las fábricas de curtidos pagan las pieles bastante bien y al contado, casi en el mismo lugar de la cacería, en improvisadas factorías montadas a toda prisa. Un buen tirador puede sacar por encima de los cien dólares diarios; con un poco de suerte, llegar a los doscientos. Ninguno ha ganado tanto dinero cuanto surtían de carne a los puestos fronterizos o a los obreros de los ferrocarriles.

En poco tiempo hay centenares de individuos formando grandes partidas de caza en las orillas del Cimarrón y del Canadian. En sólo un año, una de estas factorías llamada Fort Griffin recibe nada menos que setecientas cincuenta mil pieles. (En Fort Griffin precisamente está a punto de morir ahorcado el célebre tahur y pistolero John H. Holiday, más conocido por el sobrenombre de Doc Holiday.

Holiday no ha ido a cazar, naturalmente, sino a jugar con los cazadores y quedarse con buena parte de sus ganancias.

Uno le acusa de tramposo y el pistolero le mata. Los compañeros del muerto deciden linchar al asesino. Pero cuando ya tiene la soga al cuello le salva su amiga Big Nose Kate, prendiendo fuego a un almacén. Mientras la gente se preocupa de apagar al incendio, la mujer desata a Holiday y ambos escapan a uña de caballo al amparo de la confusión reinante, no sin llevarse algunos cientos de dólares que no pertenecen a ninguno de los dos.)

Aunque a los cazadores de bisontes no les preocupan mucho los indios, los comanches se inquietan viendo disminuir

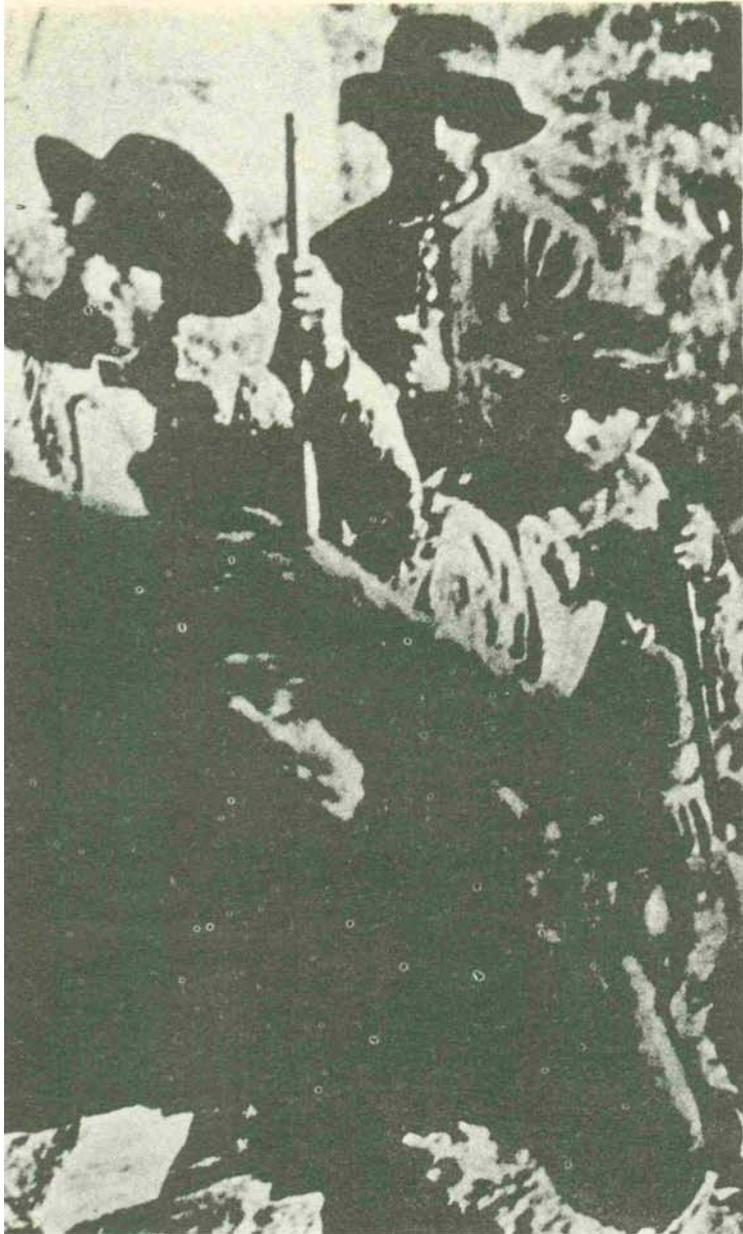
de día en día los grandes rebaños; tratan de impedir que los blancos sigan sacrificando los búfalos de los que depende su vida y son rechazados a tiros. Se produce entonces una sublevación general de las tribus de la comarca. Acaudillados por un mestizo llamado Quannah Parker, se lanzan sobre los puestos fronterizos, los convoyes y las factorías. El episodio más conocido de esta lucha es la llamada batalla de Adobe Walls. Adobe Walls es una especie de poblado con varias casuchas de adobe, cercado por una fuerte empalizada. Sirve de punto de reunión y comercio de los cazadores que recorren la región. Hay un almacén de pieles, una taberna, un amplio dormitorio colectivo y una tienda donde se puede comprar y vender de todo.

Cuando los comanches atacan, detrás de la empalizada se encuentran una mujer, varios empleados del almacén, la taberna y la tienda y cincuenta cazadores, entre los que hay tiradores famosos en todo el Oeste como Billy Dixon, Bat Matterson, Fred Shepard y Harry Armitage. La lucha se prolonga durante varias horas interminables y la victoria de los cazadores se debe a la idea de uno de ellos de lanzar cartuchos de dinamita con la mecha encendida en medio de los grupos de pieles rojas. Las explosiones destruyen a unos pocos comanches e intimidan a los demás lo suficiente como para dar tiempo a que los sitiados recibieran refuerzos.

Pero no son los comanches, desde luego, quienes con mayor decisión y bravura pelean en estas guerras indias del final del Wild West, ni es un rincón apartado de las praderas donde se libran sus más encarnizadas peleas. Los que combaten por más tiempo son



los apaches de Arizona y Nuevo México; los que mayores estragos ocasionan a los soldados blancos son los cheyennes y sioux de Wyoming y Dakota. Los apaches, que se lanzan por el sendero de la guerra cuando son invadidas sus tierras, mantienen una lucha que apenas tiene interrupciones a lo largo de treinta años. Iniciada en 1857 por Cochisse y los chiricahuas, es continuada por Victorio, y Cuchillo. El último de sus jefes, Gerónimo, que llega a desconcertar a sus adversarios por sus rápidas marchas y contramarchas, es un verdadero maestro de la guerra de



George Armstrong Custer era un hombre arrogante e impulsivo cuya temeridad, unida a una sed insaciable de gloria, le llevó a cometer todo tipo de desaciertos. Buen cazador (le vemos en el centro del grabado, junto a una pieza recién cobrada en la expedición a Black Hills y en compañía de su explorador indio, Bloody Knife), su insensatez fue causa decisiva de la masacre de Little Big Horn.

mero, novelistas después, guionistas cinematográficos o de televisión por último, la toman como base de sus reportajes, narraciones o películas y cada uno añade por su cuenta y riesgo nuevos episodios y detalles que ningún parecido guardan con la realidad de lo sucedido. Hay incluso quien lleva su imaginación al extremo de presentar a Sitting Bull abriendo el pecho de Custer para extraerle el corazón, y comérselo en presencia de sus guerreros. La verdad, sin embargo, es que ni Sitting Bull participa en la lucha —porque se encuentra a muchas millas de distancia— ni existe entre él y el general americano el implacable odio personal que muchos se empeñan posteriormente en hacernos creer.

El sangriento episodio tiene como causa inicial una larga serie de equivocaciones y errores difíciles de explicar. El primero de todos, que el general Crook presente a sus jefes como brillantes victorias las escaramuzas libradas en Tongue River y Rosebud, donde si alguien puede considerarse vencedor son los cheyennes de Little Hawk —y no lo sioux de Crazy Horse, como afirman sus adversarios— que quedan dueños del campo de lucha, obligando a retirarse a los soldados americanos después de una carga de caballería. Como resultado de esta falsa información, mientras los blancos creen amedrentados y en fuga a los pieles rojas, los indios están celebrando jubilosos el triunfo en un gran poblado instalado a orillas del Little Big Horn.

George Armstrong Custer es hombre valeroso, arrogante e impulsivo. Su temeridad, unida a una sed insaciable de gloria, le ha hecho incurrir muchas veces, tanto durante la Guerra de Secesión como en

guerrillas y utiliza a la perfección todas las ventajas que le ofrecen las montañas intrincadas y los angostos desfiladeros de las Badlands. Al final, Gerónimo, que se ha quedado casi solo, tiene que someterse el 4 de septiembre de 1886.

LA BATALLA DE LITTLE BIG HORN

Las luchas contra los pieles rojas en Dakota, Wyoming y Montana se prolongan también varios años y dan lugar al mayor desastre sufrido por el ejército norteamericano en un

siglo de casi constante enfrentamiento con los indios. Es la llamada batalla de Little Big Horn, que tiene lugar el 25 de junio de 1876, ahora hace justamente un siglo. Un batallón mandado por el general Custer queda envuelto por cheyennes y sioux, que acaban con todos sus integrantes.

Doscientos sesenta y cinco soldados del Séptimo de Caballería, con su jefe a la cabeza, son pasados a cuchillo, después de una resistencia tan denodada como inútil.

En torno a esta famosa acción se han contado gran número de fantasías. Periodistas pri-

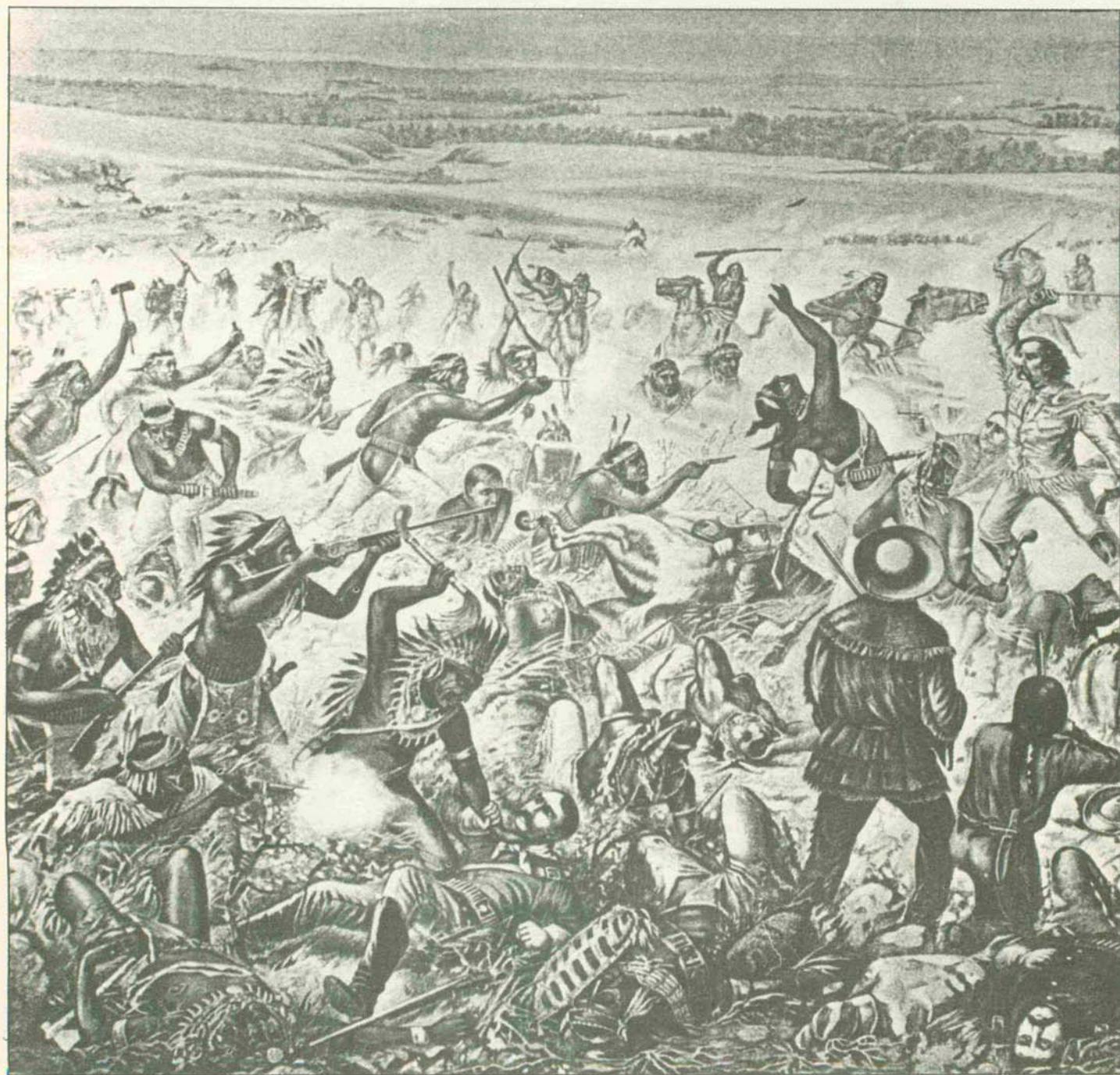
la frontera, en una serie de desastrosos; los ha pagado sin rechistar, pero sin que su obstinación y vanidad le permitan reconocer nunca que se ha equivocado. El 25 de junio de 1876 comete sus últimos y definitivos errores y muere sin llegar a enterarse siquiera de que los ha cometido. Ansioso por conquistar laureles supe-

riores a los que el general Crook asegura haber alcanzado, se pone en marcha de madrugada sobre el rastro dejado por centenares de caballos indios. Da por seguro que se trata de sioux que escapan tras las derrotas sufridas.

Poco después, desde lo alto de una montaña, descubre un

campamento gigantesco, que se extiende a lo largo de tres o cuatro millas por la orilla de un riachuelo.

Se dispone a caer por sorpresa sobre los pieles rojas con el Séptimo de Caballería, cuando uno de los guías que le acompaña le señala la presencia de cuatro jinetes indios en



Doscientos sesenta y cinco soldados del Séptimo de Caballería perecieron en la batalla de Little Big Horn, quizá la mayor derrota sufrida por el Ejército americano y el último triunfo obtenido por los guerreros indios. La Historia ha demostrado la responsabilidad del general Custer en lo sucedido, al menospreciar a las tropas rivales y conducir a sus hombres a una encerrona (Fragmento del mural «Custer's Last stand» donde —a la derecha— aparece el general combatiendo sin sombrero).

una cima cercana. Los pieles rojas escapan a todo correr, y Custer da por descontado que van al poblado para avisar a sus hermanos de la presencia de los soldados. Considera entonces imposible coger desprevenidos a los sioux y, en contra de las órdenes recibidas decide dividir sus fuerzas. Dando un rodeo, el comandante Reno atacará un extremo del campamento al frente de tres Compañías. Los capitanes Benteen y McDougall, con otras tres Compañías y llevando consigo los carros de la impedimenta regimental, se lanzarán al asalto por el centro. Personalmente, con las Compañías que le quedan atacará el lado opuesto del poblado en cuanto el ruido de los disparos le indique que las otras fuerzas han entrado en acción.

Los acontecimientos se desarrollan en forma muy distinta a la prevista por Custer. Reno cumple sus instrucciones y ataca la parte occidental del inmenso campamento; pero los sioux, que alzan sus tiendas en aquel lado y a los que manda Crazy Horse, reaccionan con prontitud y eficacia. Ante su denodada resistencia, un soldado se deja ganar por el pánico y huye; otros le siguen pronto y a los pocos minutos las tres Compañías se baten en retirada precipitada. Los sioux les persiguen a caballo, alejándose más y más de su poblado. Las fuerzas de Reno arrastran con ellas en su huida a las que acompañan a Benteen, que no han llegado a entrar en combate. Tal es el temor de muchos de los que huyen que algunos se matan haciendo saltar a sus caballos desde lo alto de un risco.

Alarmados por los disparos, pero sin saber exactamente lo que sucede, los cheyennes están sobre las armas en el extremo opuesto del campamento

cuando descubren la presencia de los soldados que manda Custer en persona. Hay entre ellos un movimiento de indecisión y temor. Si el general lanza sus tropas a caballo por entre las tiendas en una carga frontal, los pieles rojas, confusos y amedrentados, escapan a la desbandada. Pero Custer comete un nuevo error. Cree que los indios esperan su ataque y que su aparente desorden y sorpresa no es más que un disfraz de la emboscada que le tienden. En lugar de comenzar el asalto, ordena a sus hombres que echen pie a tierra y, parapetados tras sus monturas, formen el cuadro para rechazar el ataque de unos enemigos muy superiores en número.

El gesto claramente defensivo envalentona a los cheyennes, que abandonan el campamento para acometer a los blancos. Pronto descubren que sus alaridos espantan a los caballos de los soldados; centuplican sus gritos sin dejar de lanzar una lluvia de flechas. Algunos animales se desbocan y sus carreras siembran la confusión entre los hombres del Séptimo de Caballería. Aunque tiene todavía abierto el camino de retirada, Custer comete otro nuevo y fatal error: mandar a sus hombres que escalen una colina cercana y se defiendan en lo alto. Los pieles rojas suben pisándoles materialmente los talones y llegan arriba casi al mismo tiempo que sus enemigos. Animados por el éxito inicial, los cheyennes pelean como verdaderos demonios.

Los soldados se defienden con energía y decisión. Su jefe es un ejemplo para todos, peleando en primera línea hasta que se derrumba acribillado. Con su muerte lava muchas de las equivocaciones cometidas, pero no puede impedir que sus

doscientos sesenta y cinco acompañantes corran la misma suerte y acaben en poco tiempo a manos de los pieles rojas.

UNA VICTORIA PIRRICA

Little Big Horn es la mayor victoria militar alcanzada por los indios americanos en su larga lucha contra los soldados blancos; pero es una victoria pírrica que pagarán muy cara. La suerte del Séptimo de Caballería produce profunda impresión en toda Norteamérica. El Ejército ansía vengar a sus compañeros muertos y la opinión entera está a su lado. Se envían con rapidez millares de soldados para acabar con los pieles rojas. Olvidando lo que ha dicho unos años antes al condenar la vergonzosa carnicería del coronel Chivington, el general Sherman dice ahora:

—Debemos actuar contra los sioux con verdadero celo vengador y, si es preciso, ir a su completo exterminio, acabando con hombres, mujeres y niños.

Lo hacen. Es una campaña dura, llevada a cabo con fuerzas muy superiores a las empleadas antes en ninguna lucha fronteriza. Los poblados indios van siendo tomados y destruidos. Vencidos en toda la línea, en mayo de 1877 un millar de cheyennes, mandados por Dull Knife y Little Wolf —que dirigieron la batalla contra Custer—, tienen que entregarse y son enviados a un desierto de Oklahoma, centenares de millas al sur. Sitting Bull busca refugio en el Canadá; regresará diez años después para ser encerrado en una Reserva. Con su rendición definitiva, las guerras indias han terminado para siempre. ■ E. de G.